
LA MODERNIDAD HA PUESTO EN ENTREDICHO LA MAGIA PRESIDENCIAL

Aguilar Camín, Héctor, *Subversiones silenciosas. Ensayos de historia y política de México*, México, Aguilar, octubre de 1993, 215 pp.

Este libro, *Subversiones silenciosas*, dice el autor en el Prólogo, trata “sobre los cambios lentos que dejan cicatrices perdurables”; y a renglón seguido explica el contenido de cada una de las tres partes que integran el volumen.

En la primera parte, “Señas de Identidad”, rastrea “vetas de nuestro pasado que son aún nervios vivos de nuestro presente”; en la segunda, “Apuntes para un fin de época”, analiza “tendencias de nuestro presente que se vuelven pasado —y porvenir—, ante nuestros propios ojos en el tiempo cabal y fugitivo de nuestra vida”, y en la tercera parte, y última, llamada “Epílogo”, Aguilar Camín hace la “pequeña historia de los textos recogidos”, es

decir, refiere en qué parte publicó por primera vez esos artículos que dan cuerpo a *Subversiones silenciosas*.

Finalmente, el autor explica que el título del libro lo tomó de la lección inaugural del II Simposio de Historia Contemporánea, organizado por la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), realizado en la ciudad de Querétaro, en febrero de 1988.

El primer artículo de la primera parte, “La invención de México”, inicia con una pregunta elemental: “¿Dónde y cuándo aparece la nación mexicana?” Héctor Aguilar Camín respondió a su propia pregunta de la siguiente manera: la nación, con *idea*, apareció con el patriotismo criollo novohispano, o sea, “aquella vindicación de los hijos de los españoles nacidos en tierras americanas que se alimentan del rencor a los privilegios de sus parientes peninsulares”.

Por otra parte, la historia del patriotismo criollo es, en gran parte, una “poderosa ingeniería simbólica” destinada a construir la idea de nación mexicana alternativa al dominio español. Esa ingeniería simbólica exalta el pasado azteca, denigra la Conquista, crea un resen-

timiento contra los “gachupines” y, por último, inventa la devoción por la Virgen de Guadalupe.

Al exaltar la civilización prehispánica, los criollos pusieron al “servicio de una identidad inventada que al cabo de los siglos se hizo verdad: la idea de una nación original mexicana que pudo subsistir, intacta, a trescientos años ilegítimos de castigo colonial y reaparecer, libérrima y vengadora, en la Independencia de 1810”. En conclusión: el elogio a la nación azteca arrasada por el conquistador español fue un capítulo central en la justificación de la independencia por los criollos.

Los criollos afinaron la visión del mundo prehispánico hasta señalar, como Clavijero, un paralelismo con el mundo clásico griego y romano. El autor de *Historia antigua de México* dijo, pues: “Texcoco era la Atenas de Anáhuac y Nezahualcōyotl el Solón de aquellos pueblos”. Otro invento genial fue el de Antonio de Calancha, quien decía que el paraíso estuvo en el Nuevo Mundo. Apoyándose en el mandamiento de Cristo, “Id y predicad a todas las naciones”, Calancha sostuvo que el apóstol Tomás en persona había predicado en tierras americanas.

Carlos de Sigüenza y Góngora “vinculó” esa opinión de Calancha al símbolo indígena de Quetzalcóatl,

el cual dijo que era ni más ni menos que el apóstol Tomás. Lorenzo de Boturini, en el siglo XVIII, alegó que la identidad entre el apóstol y Quetzalcóatl podía probarse. Y, finalmente, Fray Servando Teresa de Mier señaló que la Corona española no había sido el instrumento divino de la cristianización de ultramar sino, en realidad, el victimario del cristianismo primitivo americano.

El clero criollo, desde el siglo XVI, había encontrado un poderoso símbolo religioso, la Virgen de Guadalupe, que robustecía su patriotismo. “Su pregonada aparición en 1532 dio un asidero espiritual propio a la Iglesia mexicana, —dice Aguilar Camín—. El patrocinio de la madre de Dios independizó la espiritualidad católica autócrata de la tutela de las órdenes religiosas peninsulares e hizo marchar tras de sí, por igual, la fe sincrética de los pueblos indígenas —que veían en la efigie una reencarnación de Tonantzin, diosa azteca de la fertilidad— y la devoción autonómica del fervor criollo, que encontraba en la Virgen Morena la vindicación de sus reclamos americanos”.

En 1810, Mier y Bustamente vieron en los batallones que llevaban la imagen de la guadalupana el regreso de la verdadera nación mexicana. Las analogías continuaron

en ese sentido. Los dos autores mencionados decían que el realista Félix Calleja repitió en Guanajuato las matanzas de Alvarado en Tenochtitlan; los destinos trágicos de Hidalgo y Morelos eran como los de Cuauhtémoc y Moctezuma; y el Congreso de Anáhuac era como los momentos de resistencia indígena habidos en el pasado prehispánico.

El corolario de este patriotismo criollo quedaría escrito en sus aspectos centrales en el acta de Independencia de la nación mexicana (1821). Dice así esa parte sustancial: "la nación mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido".

Los saldos del patriotismo criollo fueron, según Aguilar Camín, éstos: el guadalupanismo y la hispanofobia, la exaltación del pasado indígena, la idea de la Colonia como un reino de sombras y la exaltación de Quetzalcóatl. Sin embargo, de ese pasado colonial que el criollo empezó a negar, se heredó al nuevo país estos otros rasgos nacionales: el español como lengua matriz, el arraigo de la religión católica y la ramificación territorial de sus ministros y autoridades, los hábitos corporativos y comunales de la organización política, el peso y el prestigio de la autoridad, el pa-

ternalismo ejercido desde la cúpula y el patrimonialismo burocrático.

Pero también la nación surgió como un proceso secular. Esta tarea la realizó el liberalismo mexicano y fue la "historia de una coerción modernizadora sobre un país sellado por sus tradiciones feudales". Es decir, el liberalismo fue en sus inicios una teoría revolucionaria que acabó con los fueros corporativos de la iglesia y el ejército. El liberalismo, pues, deseaba construir una República moderna con división de poderes y pacto federal, y sobre todo, quería borrar los vestigios de la colonia puesto que eran los más deleznable. Querían, dice Héctor Aguilar Camín, descolonizar y desindigenizar.

Para los liberales los indios eran unos salvajes y la tenencia comunal de la tierra era la encarnación misma del pasado. No es casual, pues, de acuerdo con los estudios de Jean Meyer, que entre 1820 y 1910 ocurrieran 53 rebeliones indígenas de índole agraria.

La nación, finalmente, apareció como forma *política y territorial*. A partir de 1848, recuerda en un estudio Edmundo O'Gorman, los contendientes políticos asumieron una identidad definitiva. Uno de los bandos sería centralista, monárquico, católico, conservador de

cepa hispánica; el otro sería federalista, republicano, laico, liberal de inspiración anglosajona.

La invasión norteamericana no fue propicia para la causa liberal. “Primero —explica el autor de *Morir en el Golfo*— por la imposibilidad militar de triunfar contra ella, envuelto como estaba el país en la discordia civil y la indiferencia nacional. Segundo, porque, para el liberalismo mexicano, la guerra norteamericana fue con el aliado querido, elogiado hasta la veneración, postulado sin medida como ejemplo a seguir. En 1848, para los liberales, el modelo de nación propuesto se volvió de pronto el ejército invasor”.

La veneración por las instituciones políticas norteamericanas en México inició desde temprana edad. Sin embargo, 1848 no fue un obstáculo para dejar de admirar a Estados Unidos. Un ejemplo: Manuel Crescencio Rejón denunció la injusticia de la guerra entre México y el país del norte y repudió los Tratados de Guadalupe-Hidalgo. Al mismo tiempo, hizo el elogio de las virtudes industriales y ciudadanas estadounidenses. Charles Hale, uno de los estudiosos más serios del liberalismo mexicano, dice al respecto: luego del 48, “la estimación a la sociedad norteamericana siguió careciendo de sentido crítico. De hecho, las virtudes de Estados

Unidos se reconocieron entonces con mayor agudeza. La guerra [de 1848] había demostrado una sociedad democrática”.

En esta parte de la historia mexicana quienes ofrecieron el argumento nacionalista fueron los conservadores y no los liberales. En 1830, Lucas Alamán consideraba que era antinatural la adopción para México del sistema federalista porque había una diferencia en el desarrollo de esos dos países. José María Gutiérrez de Estrada propuso la monarquía constitucional para México, erigiendo como argumentos la anexión a Texas y el creciente expansionismo norteamericano. Además, advirtió: “no pasarán 20 años sin que veamos tremolar la bandera de las estrellas norteamericanas en nuestro Palacio Nacional”. Doce años antes de su previsión, en efecto, la bandera norteamericana “tremoló” en el asta de Palacio Nacional. Concluye Aguilar Camín: “El pensamiento conservador cerró filas entonces y ocupó por los siguientes años el enorme vacío liberal en torno al tema clave de la conservación de la nación”.

Fue el azar y la geopolítica los que hicieron posible que en 1861 ganaran los liberales y en 1867 “conquistaran la nacionalidad” al triunfar los ejércitos de la República contra el monarca extranjero.

De la legitimidad obtenida por este triunfo liberal sobre el Imperio, se obtuvo una década de prensa libre, un congreso independiente y un ejecutivo con poder restringido. Así pues, tuvimos una *nación sensible*. Pero el México *real* volvió con la revuelta militar y con la dictadura porfirista.

Porfirio Díaz en sus periodos presidenciales fue construyendo las bases del Estado mexicano. Sometió, una por una, “las independencias regionales” y “eslabonó una escalera de poderes que empezaba en todas partes pero sólo terminaba en el centro”. También el régimen de Díaz dotó al país de su primera historia oficial: *México: su evolución social*. Y, por supuesto, Díaz cumplió igualmente con las tareas esenciales de la modernización económica: insertó al país en el mercado mundial de minerales e hidrocarburos, y lo vinculó internamente con telégrafos, correos, caminos y ferrocarriles.

La Revolución mexicana fue antes que todo “un acto tumultuario de redescubrimiento y reafirmación nacional”. Manuel Gómez Morín resumió esta experiencia colectiva en 1926 de la siguiente manera: “Con optimista estupor nos dimos cuenta de insospechadas verdades. ¡Existía México! México como país con capacidades, con aspiración, con vida, con problemas

propios. No sólo era esto una fortuita acumulación humana venida de fuera a explorar ciertas riquezas o a mirar ciertas curiosidades para volverse luego. No era más una transitoria o permanente radicación geográfica del cuerpo, estando el espíritu domiciliado en el exterior. ¡Existían México y los mexicanos! La política colonial del porfirismo nos había hecho olvidar esta verdad fundamental”.

Aguilar Camín nos recuerda que desde hace algún tiempo se oyen lamentos y advertencias sobre la pérdida de identidad cultural, a resueltas de la *norteamericanización* de sus costumbres. Para el autor de este libro, la influencia norteamericana ha enriquecido, antes que debilitado, la matriz cultural mexicana. “México carga, como parte de su cultura, toda una historia de influencias norteamericanas. Y los mexicanos de hoy son más mexicanos que nunca”.

En el siguiente ensayo, “Leviatán criollo”, Aguilar Camín explica lo que considera son los cuatro rasgos del Estado mexicano: *primero*, “la continua presencia en la cúspide del gobierno de una autoridad suprema reverenciada y todopoderosa, que, sin embargo, teje sus decisiones en el difícil equilibrio de la negociación con todos los sectores de la sociedad. *Segundo*, lo que Richard Morse ha llama-

do el “patrimonialismo burocrático” o sea, “la identificación de los recursos del poder público con el patrimonio personal, así como la cultura política que ve en la burocracia un medio idóneo de enriquecimiento”. *Tercero*, “a partir de las reformas borbónicas en el siglo XVIII, el impulso modernizador, la decisión de arrancar al país de su ritmo secular, para introducirlo al banquete de la modernidad occidental”. Y *cuarto*, “la percepción, viva en lo más íntimo de las élites políticas, de hallarse en la cúspide de una sociedad de facha impasible, pero de condición turbulenta, pasiva hasta la inanición, pero también propicia a la revancha explosiva: una sociedad marcada por el ritmo de sus rebeliones populares y sellada en su vida política por la posibilidad, siempre latente, de un nuevo cataclismo”.

En el tercer artículo, “Por una historia patria para adultos”, que cierra la primera parte, Aguilar Camín nos invita, más que otra cosa, a la lectura luminosa de *El espejo enterrado*, de Carlos Fuentes. Poderío verbal, fiesta del lenguaje, erudición y oficio de escritor. *El espejo enterrado* “fuerza única de la raíz cultural hispánica”, riqueza “multirracional y pluricultural, fruto de un largo contacto de civilizaciones que no han cesado de mostrarnos su flexibilidad mayor:

la de saber mezclarse con otros y llevar en sí la huella de todo lo que la ha nutrido”.

El espejo enterrado; “No estamos frente a una historia, aunque su materia es la historia del mundo hispánico. No estamos tampoco frente a una conmemoración de las grandezas de la hispanidad, aunque su tema central sea la exploración de las riquezas sumergidas en nuestra raíz hispánica y la celebración de su pertinencia para el futuro. Estamos frente a un ajuste de cuentas mayor con una zona negada de nuestra realidad histórica, un ejercicio de recuperación de nuestra hispanidad por las vías de la crítica, la reflexión y el poder evocativo de la literatura o, por mejor decir, de la elocuencia literaria”.

En *El espejo enterrado*, Fuentes no hace una defensa tradicionalista del legado español. Su mensaje, dice Aguilar Camín, es de cuerda renacentista: “no quiere renunciar ni cerrar los ojos a ninguna de las zonas oscuras de su objeto; quiere asumir completas las zonas de sol y sombra de la hispanidad, porque en esa tensión extraordinaria de lo luminoso y lo sombrío, está su verdadera fuerza, su capacidad de dar cuenta de todo lo humano”.

Sol y sombra, la aceptación de la diversidad del otro, del moro, del judío, el indio, el protestante. Sol y

sombra, la otra cara, la intolerante y absolutista Inquisición, el imperio de la autoridad central junto a la autonomía ganada de las ciudades y de las comunidades. Sol y sombra: el viento fresco de la modernidad junto a la tierra árida de la tradición.

Los capitanes de Castilla, Extremadura y Andalucía trajeron al Nuevo Mundo esos dilemas, esa ambigüedad. Aguilar Camín toma de *El espejo enterrado* esta cita: “Hombres surgidos del cuero seco de Castilla que nos trajeron a las Américas la iglesia, el ejército, un espíritu militante y un dilema angustioso entre las tradiciones democráticas nutridas por las ciudades medievales o el uso y abuso autoritario del poder que pronto sería confirmado por la monarquía unificada. Ellos traerían al Nuevo Mundo todos los conflictos del carácter español, su imagen de sol y sombra, dividiendo el alma como dividen la plaza de toros. ¿Tolerancia o intolerancia? ¿Respeto hacia el punto de vista ajeno... o la Inquisición? ¿La mezcla étnica o la pureza racial? ¿La autoridad central o la local? ¿El poder desde abajo o el poder desde arriba? Y acaso la cuestión que las contiene todas: ¿tradición o cambio?”

Pero entre el sol y la sombra se encuentra la “semilla posible de un futuro deseable”. En la tradición

democrática ibérica está el *municipio libre*. ¿Por qué el municipio? Aguilar Camín nuevamente cita al autor de *El espejo enterrado*: “A menudo nos hemos engañado a nosotros mismos ignorando la tradición propiamente hispánica de nuestra democracia, fundada en el municipio libre. Esto nos ha servido para adoptar formas aberrantes de autonegación: una, la imitación de las instituciones democráticas francesas y angloamericanas, diciéndonos que éstas sí han funcionado; otra, la adaptación del autoritarismo con disfraces modernos y progresistas, dado que sólo este camino, tan derivativo como el primero, nos daría eventualmente materiales para la democracia. El capitalismo y el socialismo han fracasado en América Latina en virtud de nuestra inhabilidad para distinguir y fortalecer nuestra propia tradición que es auténticamente ibérica, y no derivativamente angloamericana o marxista”.

En “El canto del futuro”, primer artículo de la segunda parte (“Apuntes para un fin de época”), Camín explica el tránsito de una sociedad rural a una urbana y sus contradicciones. En la capital de la República acaso está la mejor prueba de ello: por un lado, Ciudad Satélite, y, por la otra, Ciudad Nezahualcóyotl.

En el mismo artículo Aguilar

Camín aborda un tema muy importante que es el de la televisión y su influencia en la sociedad mexicana. Nos dice, por ejemplo, que por primera vez en la historia centralista de este país México tuvo un instrumento de comunicación efectivamente nacional. Por lo tanto, la televisión ha sido el mayor cambio en la sociedad mexicana, pues ha erigido y generalizado “su propio ámbito de realidades y valores”.

La televisión fue, por lo menos en cinco sentidos, el instrumento de la modernización de la vida mexicana. En primer lugar, fue integradora de las comunicaciones del país; en segundo, fue un termómetro que definió los criterios de lo anacrónico y lo moderno; en tercero, fue la franja de conformación del criterio familiar y social de la moral colectiva; en cuarto, la televisión mexicana se empezó a constituir en una vanguardia empresarial y, en quinto lugar, y acaso lo más decisivo, “la televisión mexicana ha sido portadora de un conjunto de valores y hábitos de conducta cuya intención final sería, según Carlos Monsiváis, promover algo así como una eficacia dócil, una eficacia pasiva que modernice sin romper, cambie sin agitar, triunfe sin rebelarse ni rasgar lo establecido”.

En ese tránsito de la sociedad rural a la urbana otra cuestión se ha

puesto en entredicho, la magia presidencial. Aguilar Camín considera que el país ha crecido mucho como para tener un presidencialismo mágico, pues ese presidencialismo era la encarnación política de un país con poca diferenciación social.

Es precisamente en la “Lectura de la democracia mexicana” en donde el autor de *Subversiones silenciosas* no sólo señala sino también propone. Hay que inventar, sería la síntesis de su propuesta. Inventar todo, de nuevo, pues México es un país diferente. No sólo con respecto a 1917, sino con respecto a 1988. Al existir un nuevo México, hay también un nuevo mexicano. Para Aguilar Camín ése es emprendedor, reformista e inconforme.

Hay que inventar un nuevo corporativismo, un nuevo PRI que asuma lo siguiente: ha dejado de ser omnímodo para ser mayoritario. El PRI sigue siendo fundamental para la vida política, económica y social del país. Pero debe modernizarse, inventarse él mismo.

En “La obligación del mundo”, hay un párrafo en donde quizá Aguilar Camín dibuje el presidencialismo que le gustaría que tuviera México: “México ha sido y es un país presidencialista, un país cuya historia política está cruzada por la tentación de construir hombres

fuertes, autoridades abrumadoras, vistas a la vez con veneración y malicia. Seguiremos siendo presidencialistas, probablemente, pero la misma índole de los recursos disponibles para el presidente, limitarán sus poderes de influir sobre vidas y haciendas, restringirán sus dones de gracia y merced”, concluye el autor de la *Guerra de Galio*.

En el “Epílogo”, titulado “Subversiones silenciosas”, habla del tránsito histórico que está viviendo México, el pantano de la transición, como lo llamó en otra ocasión. Para Aguilar Camín son cuatro los tránsitos estructurales que ha sufrido el país. 1. El paso del país rural al país urbano; 2. El paso de un agudo proceso centralizador a la constitución de una periferia descentralizada; 3. La consolidación de una nueva fase de integración a las realidades económicas, tecnológicas y financieras del mercado mundial, y 4. El paso de una nueva concentración de la desigualdad.

Por otra parte, también ha habido cuatro mutaciones “superestructurales”, a saber: 1. Un descen-

so del peso relativo del Estado y un aumento del peso relativo de la sociedad: el fin de la era de la expansión del Estado; 2. Una erosión del pacto corporativo popular y la emergencia correlativa de la lógica y los actores de la sensibilidad liberal ciudadana; 3. El paso de un régimen presidencialista “absoluto” a un régimen presidencialista “constitucional”, y 4. El paso de un régimen de partido dominante, *cuasi* único, a uno de partido mayoritario.

Finalmente, hay un gran reto en el país, la invención de un nuevo poder judicial. ¿Por qué? Aguilar Camín dice: “Un poder judicial eficiente, honesto y expedito, es condición indispensable de una vida democrática, de equilibrio entre los poderes y de garantías a los derechos ciudadanos, tanto en las querellas contra la autoridad, como en las querellas de los particulares”. Ese es, pues, el reto de nuestro tiempo, inventar un nuevo país no renunciando a nuestro pasado.

Alberto Enríquez Perea